



Frente a la ofensiva del capital,

organización, unidad y lucha

 **MCC**

621

Archivo Histórico

CCOO





LA OFENSIVA CAPITALISTA SE ACENTUA

Los meses últimos han sido escenario del recrudecimiento de la ofensiva antiobrera de la patronal y el Gobierno de UCD: proyecto de Estatuto de los Trabajadores (próximamente completado con un proyecto de regulación y limitación de la huelga), medidas de revisión salarial, Programa Económico del Gobierno..., todo ello se ha sucedido sin apenas interrupción.

Cada cosa complementa y ayuda a las otras. Todas ellas juntas conforman un ataque en toda la regla contra las masas trabajadoras.

Al Estatuto contra los Trabajadores de UCD le corresponde la tarea de recortar —profundamente, en algunos casos— buena parte de los derechos laborales que el franquismo se había visto obligado a reconocer a los trabajadores y a las trabajadoras. De dejar prácticamente en nada los derechos sindicales (atribuciones de los Comités de Empresa, reconocimiento y derechos de las secciones sindicales, derecho de huelga, de asamblea, etc...) por los que el movimiento obrero ha combatido incansablemente durante largos años. De reforzar extraordinariamente los mecanismos con que cuenta la patronal para ejercer una autoridad casi feudal en las empresas, para reducir y remover las plantillas a su antojo, para imponer, con pleno derecho legal, los aumentos que deseen en los ritmos y la intensidad del trabajo.

El Programa Económico, por su parte, encierra un auténtico plan contra las condiciones materiales y de trabajo de la clase obrera. Un plan, en primer lugar, de profunda agravación de la política de paro masivo y desatención de los trabajadores y trabajadoras en paro. Un plan, en segundo lugar, de mayor dureza aún en las limitaciones salariales, en la política de disminución del poder adquisitivo de la población trabajadora ocupada. Un plan de debilitamiento del sector público productivo, en favor del sector privado. Un plan, también, de "saneamiento" salvaje de los sectores en crisis, que comporta fundamentalmente una amplia reducción de plantillas en los mismos, y la imposición de incrementos de productividad especialmente fuertes en las empresas de dichos sectores. Un plan de aumento generalizado de la productividad —dicho en plata, de los ritmos y la intensidad del trabajo— en las empresas. Y, como colofón, un

plan de apoyos sin cuenta --a cargo del presupuesto público, pagado en su mayor parte por los trabajadores -- a los capitalistas, con la finalidad de ayudarles a la obtención de altos y seguros beneficios empresariales.

La insultante revisión salarial del 1,7 por 100 --para más escarnio, aplicable sólo a una parte, y no la más numerosa, de las empresas-- es un complemento más, no hace falta insistir en ello, de ese plan económico radicalmente antiobrero.

Así, el Estatuto contra los Trabajadores y la Ley Anti-huelga, por un lado, y el Programa Económico, por otro, constituyen las dos caras de una misma moneda: la de la ofensiva capitalista contra las clases trabajadoras. Una ofensiva que persigue la recuperación de los beneficios capitalistas, a costa de arrojar al paro a más y más cientos de miles de trabajadores y trabajadoras; a costa de deteriorar creciente y progresivamente el poder adquisitivo de la población trabajadora ocupada; a costa de aumentar salvajemente los ritmos de producción y la "disciplina" en el trabajo. Una ofensiva, por otra parte, que, para facilitar la consecución de esos objetivos, necesita limitar cuanto pueda nuestros derechos laborales y sindicales, arrebatar al movimiento obrero los escasos *mecanismos legales* de defensa con que cuenta para oponerse y frenar la agresión capitalista.



Abril Martorell anunciando el Programa Económico. Por delante había ido el Estatuto contra los Trabajadores.

PARO Y MISERIA, CONTENIDO DE LA POLITICA DE LA DERECHA Y LA PATRONAL

La ofensiva que libran en estos momentos el capital y la derecha, ¿responden acaso pura y simplemente a una momentánea mayor orientación derechista de UCD, a un mayor peso específico en su seno de los sectores más reaccionarios del Partido en el Gobierno? Tal explicación resulta en extremo simplista y poco acorde con la realidad.

Pues, de hecho, se puede apreciar con toda claridad cómo a lo largo de los tres últimos años la política económica, social y laboral-sindical de los diferentes gobiernos Suárez responde a idénticos patrones y busca los mismos objetivos.

En efecto, ¿qué diferencias sustanciales se pueden encontrar entre la política establecida en los Pactos de la Moncloa y desarrollada a partir de éstos, la marcada por el Decreto-Ley de diciembre de 1978 y la fijada actualmente en el Programa Económico y el proyecto de Estatuto del Trabajador? En esencia, *ninguna diferencia de fondo*.

La política de los Pactos de la Moncloa, la del Decreto-Ley de Diciembre del 78 y la actual, se apoyan en los mismos componentes básicos:

- **Aumento continuado de la población trabajadora en paro.** Y así si durante 1.978 (año de la aplicación de los Pactos de la Moncloa) la cifra de parados aumentó en más de 200.000 trabajadores y trabajadoras, en 1.979 se repite una cifra similar, y se volverá a repetir durante los próximos años a consecuencia de la aplicación del reciente Programa Económico.
- **Descenso continuado del poder adquisitivo de la población trabajadora ocupada.** Y así, si en 1.978, a resultas de la aplicación de los Pactos de la Moncloa, dicho poder adquisitivo desciende en más de un 6 por ciento, en 1.979 se suma un descenso parecido, y el mismo —aunque seguramente más elevado aún— establece para los próximos años el Programa Económico.
- **Incremento de los ritmos y la intensidad de trabajo.** No es ésta en efecto, una novedad introducida por el Programa Económico; la misma línea está presente en los Pactos de la Moncloa y en el Decreto-Ley de Diciembre del 78.

- **Fuerte incremento de ayudas de todo tipo** —fiscales, financieras...— a la “recuperación empresarial”, y muy en concreto en beneficio de las grandes empresas y grupos capitalistas y financieros. Lo mismo de antes cabe decir.
- **Debilitamiento de los mecanismos de defensa legal de los trabajadores.** De acuerdo, el proyecto de Estatuto contra los trabajadores supone un fuerte golpe a este respecto. Pero, ¿hay que recordar el destino sufrido por el proyecto de Ley de Acción Sindical, en el período de vigencia de los Pactos de la Moncloa; o el secuestro permanente del Patrimonio Sindical, o la puerta legal abierta para enjuiciar la acción de los piquetes de huelga como incurso en delito de terrorismo? Escalada, sí; pero continuidad, también.

¿Qué hay de nuevo, pues, en esta acentuación de la ofensiva de la derecha y el capital, representada por el Programa Económico y el proyecto de Estatuto contra los Trabajadores? Pues precisamente eso: *la acentuación*. Porque lo que es evidente es que no hay un cambio de rumbo con respecto a, por ejemplo, la política fijada en los Pactos de la Moncloa. Lo nuevo consiste en que esa política se presenta ahora más descaradamente, con menos tapujos y, a la vez, con un mayor endurecimiento de las medidas ya aplicadas en años anteriores.

Es natural que así sea. Porque más allá de accidentales modificaciones en el equipo gobernante, esa política responde a las tendencias de fondo del capitalismo español, expresa las necesidades profundas del sistema capitalista, ante la crisis por él generada.

Desde el punto de vista capitalista, la crisis representa la disminución de los beneficios empresariales. Sin los beneficios habitualmente alcanzados antes de la crisis, la inversión capitalista se retrae, baja; en consecuencia, la economía se estanca, incluso retrocede. Precisamente por eso, para los capitalistas, hacer frente a la crisis no significa otra cosa que *recuperar y asegurar los antiguos niveles de beneficio*. No es ninguna verdad oculta: es algo que, de forma menos abierta, más disimulada, nos recuerdan a diario el gobierno, la patronal y los medios de expresión en manos de la burguesía.

Para conseguir ese objetivo, el capital puede recurrir a dos tipos de procedimientos.

El primero, si está en condiciones de permitírselo, consiste en aumentar la explotación de los pueblos de los países subdesarrollados y dependientes; en ganar nuevos mercados en los que colocar sus productos y que le suministren materias primas, desplazando de ellos a otros grupos y países imperialistas. Es lo que se llama “descargar la crisis sobre terceros”.

La otra “solución” consiste en descargar la crisis sobre las clases trabajado-



A las reivindicaciones obreras el capital y la derecha contestan con más paro y más pobreza.

ras del propio país: arrojar al paro a cientos de miles de trabajadores y trabajadoras; imponer acusados descensos en el poder adquisitivo de la población trabajadora efectivamente ocupada; conducir a la quiebra a aquellos empresarios más débiles, menos capaces de soportar los "tiempos difíciles", de manera que se elimine competencia y se concentre el capital en menos manos; imponer a los trabajadores fuertes aumentos de productividad, que contribuyan a abaratar los costes de producción (y, en consecuencia, a aumentar los beneficios empresariales)...

El capitalismo no conoce otro tipo de "soluciones"; no las puede conocer, porque cualesquiera otras que no vayan por uno de esos dos caminos, entran en contradicción, de una u otra manera, con el propio sistema, se oponen a los intereses propios del capitalismo y no pueden impulsarse con el acuerdo de él, sino, en todo caso, *en contra de ella*.

Y el capitalismo español, por su particular debilidad con respecto a los países capitalistas desarrollados, por su condición de capitalismo subordinado y dependiente con respecto a las principales potencias imperialistas del occidente,

no tiene otro camino que el segundo de los señalados, la política que los pueblos del Estado vienen sufriendo en propia carne en los últimos años.

Una política que, por todas estas razones, reúne las siguientes características:

Desde el punto de vista del capitalismo, es inevitable. Dicho de otro modo, es la única política que la derecha y el capitalismo español pueden y quieren hacer; la única política a través de la cual se pueden expresar sus intereses de clase. Pretender, desde la clase obrera, establecer una política de acuerdo con el capital y la derecha que respete los intereses de los trabajadores, que no suponga una frontal agresión contra éstos, es, en el mejor de los casos, una ingenuidad colosal; supone ignorar la misma naturaleza del capitalismo y sembrar entre la clase obrera falsas ilusiones que la llevan al sometimiento ante el capital.

Es una política duradera. De hecho, dura ya varios años; y más aún, las razones que la animan van a persistir durante bastantes años más.

En efecto, esa política está absolutamente vinculada a la permanencia de la crisis del capitalismo mundial. Una crisis profunda y que afecta a las estructuras básicas del sistema imperialista occidental. Una crisis de la que el capitalismo no sabrá salir si no es a través de grandes convulsiones y conflictos que afectarán a los pueblos del tercer mundo y a los de los propios países imperialistas; sin profundos "arreglos de cuentas" entre las diferentes potencias imperialistas; sin profundas transformaciones en la estructura industrial mundial, en el reparto internacional del trabajo y en todo el sistema económico internacional. Una crisis cuyas tendencias en el futuro próximo no van precisamente en el sentido de la recuperación y sí, por el contrario, en el sentido de la agravación y la recesión económica internacional.

En conclusión: la política que anima el capitalismo español, de agresión contra el pueblo trabajador, no ha hecho más que comenzar.

Es una política crecientemente más contraria a los intereses de trabajadores y trabajadoras. Ya hemos visto que desde los Pactos de la Moncloa hasta aquí, la tendencia seguida es la del agravamiento de las medidas dirigidas contra la población trabajadora. Dicha tendencia está llamada a acentuarse.

Y ello es así, precisamente, porque en la medida que la crisis se agrava a nivel mundial, el capitalismo español encuentra mayores obstáculos para proteger sus intereses particulares y, en consecuencia, refuerza las medidas y la acción del conjunto orientadas a descargar la crisis sobre los trabajadores, al objeto de preservar aquellos.

Lo que el capitalismo prepara para los próximos años no es sino más paro, más pobreza, mayor explotación de los trabajadores y trabajadoras.



LA CONCILIACION Y EL CONSENSO FORTALECEN A LA DERECHA Y DEBILITAN AL MOVIMIENTO OBRERO

Programa Económico, Estatuto contra los Trabajadores, proyecto de Ley de regulación y limitación de la Huelga... Todo ello constituye un fuerte recrudecimiento de la ofensiva que el capital y la derecha han desatado desde hace tiempo contra las masas trabajadoras.

Un recrudecimiento que se ha hecho posible precisamente porque tanto el capital como la derecha se sienten hoy más fuertes, con mayor capacidad para imponer a los trabajadores y a las trabajadoras condiciones y exigencias más duras. Efectivamente, medidas contenidas en el Estatuto de UCD o en el Programa Económico —como es el caso del mayor abaratamiento del despido libre, o las facilidades para la reducción y movilidad de las plantillas, o las exigencias de mayores incrementos de la productividad, o la reestructuración de los sectores en crisis a costa de despidos masivos, etc., etc.— venían siendo, desde hace bastante tiempo exigencias permanentes de la patronal, de la CEOE en especial. ¿Cómo explicar que la derecha se haya decidido a ponerlas ahora en práctica si no es porque se siente sensiblemente más fuerte?

Un fortalecimiento de la derecha y el capital que es una consecuencia directa de la política de conciliación y consenso que han venido, y siguen, practicando los partidos de izquierda reformista y la mayoría de los dirigentes sindicales.

Durante los dos últimos años, los partidos de la izquierda reformista y la mayoría de los dirigentes sindicales han puesto todo su empeño en conducir al movimiento obrero por la senda de la conciliación y el sometimiento a las exigencias del capital y su gobierno.

Se han esforzado al máximo por arrastrar al movimiento obrero tras la peregrina idea de la posibilidad de poner en pie una acción frente a la crisis capitalista que, a la vez, fuese coherente con los intereses del capital y respondiese a las necesidades más básicas de las masas trabajadoras. Han actuado como si ignorasen la elemental verdad de que las exigencias e intereses del capital ante la crisis son radicalmente contrarios a los intereses de las clases trabajadoras: exi-

gen el mayor empobrecimiento de éstas, el deterioro creciente de sus condiciones de vida y de trabajo.

Han plasmado tal idea en su decidido apoyo a los Pactos de la Moncloa. Y ni siquiera las nocivas consecuencias que éstos han supuesto para los trabajadores y las trabajadoras les ha sido suficiente para modificar su política, para orientarla por la vía de la lucha y no de la conciliación. Por el contrario, siguen afirmando tan peregrinas "teorías".

Desgraciadamente, no se podía esperar otra cosa. Porque, en efecto, lo que hay debajo de esas "teorías", debajo de esa política claudicante, es la falta de confianza en las masas trabajadoras, en su capacidad para combatir y frenar los más feroces ataques de la derecha y de la burguesía; lo que hay es miedo a enfrentarse con firmeza y decisión contra los enemigos del pueblo trabajador; lo que hay es reformismo profundamente arraigado.

Esa política ha traído consigo serios efectos negativos para la clase obrera:

- **Ha provocado un profundo desarme ideológico entre amplios sectores del movimiento obrero.** Ha llevado a que éstos no tomen conciencia de la verdadera naturaleza de la agresión a que les somete el capital, de los objetivos de la misma, de su creciente acentuación y de la absoluta necesidad de enfrentarse a ella con todas las fuerzas para evitar un futuro aún más negro, de paro y miseria
- **Ha generado un clima de impotencia en las filas del movimiento obrero.** Efectivamente, la claudicación ante la derecha y el capital ha dado fuerzas a la acción de éstos; ha conducido al movimiento obrero, por otra parte, a luchas fragmentadas y aisladas en las que no siempre se tenían fuerzas para quebrar el frente de la patronal. Debido a todo ello, entre sectores importantes de los trabajadores se ha ido creando una cierta conciencia de incapacidad para frenar el capital, para hacerlo retroceder.
- **Ha introducido, en fin, la confusión y el desánimo en las filas del movimiento obrero.** Ciertamente el panorama de unos partidos y unos sindicatos que, lejos de cumplir el deber de enfrentarse a la derecha y a la burguesía, de luchar contra ellas, practican la conciliación y el consenso y empujan al movimiento obrero al sometimiento, no podía dejar de producir esos efectos. Y así, en el seno del movimiento obrero se extiende la confusión y el desaliento.
- **La consecuencia de todo esto es un serio debilitamiento del movimiento obrero.** Un debilitamiento que se aprecia, por ejemplo, en el importante descenso que se ha experimentado en la afiliación sindical; que se aprecia en el fenómeno de la tendencia a la pasividad de importantes sectores de trabajadores; en

el desarrollo de actitudes insolidarias de cierta importancia; en el desarrollo, incluso, de tendencias conservadoras, temerosas de la lucha, apoyadas en la falsa idea (falsa porque las repercusiones que en la mayoría de los casos se derivan de esa actitud son justamente las contrarias de las esperadas) de que la renuncia a la lucha, la acomodación a las exigencias de la patronal, permitirá la conservación del puesto de trabajo, la seguridad en el empleo...



La política de consenso de los dirigentes reformistas, factor principal del debilitamiento del movimiento obrero.

Y en ello radica el paralelo reforzamiento de la derecha y la gran burguesía. La actuación de unos partidos reformistas y unos dirigentes sindicales permanentemente inclinados a los pactos y a la claudicación, temerosos de la lucha firme y decidida de la clase obrera, la situación de un movimiento de masas que, a consecuencia de lo anterior, sufre importantes fenómenos de debilitamiento y disgregación... Esa es justamente la esencia del mayor reforzamiento de la derecha y el capital; lo que favorece que se puedan permitir dar mayor agresividad aún a su ofensiva contra las clases trabajadoras.

REACTIVAR EL MOVIMIENTO DE MASAS, IMPULSAR UNA POLÍTICA DE RESISTENCIA OBRERA

Reforzamiento de la ofensiva del capital; debilitamiento del movimiento de masas producido por la política reformista. Estos son los datos del problema, del serio problema que hoy pesa sobre el movimiento obrero.

El movimiento obrero debe recuperarse. Debe superar la actual situación de debilidad y recobrar la fuerza y vitalidad que le caracterizaron bajo el franquismo, y en particular durante los últimos años de éste; esa vitalidad que, por ejemplo, se puso tan de manifiesto en las grandes luchas de masas del año 76, que hicieron fracasar las intentonas de dar continuidad al franquismo sin Franco, y convirtieron en papel mojado el decreto de congelación salarial de Villar Mir.

El movimiento obrero debe recuperarse y hacer frente con todas sus fuerzas a la ofensiva del capital porque, de lo contrario, no sólo permitirá la aplicación de las duras medidas antiobreras y antipopulares que éste ha proyectado para ahora mismo, si no que abrirá las puertas para nuevas y recrudescidas agresiones capitalistas, se verá conducido a un futuro de paro masivo y empobrecimiento generalizado.

Ahora bien, ¿puede reforzarse el movimiento obrero, de la mano de la política reformista, de la política que esquivo el camino de la lucha contra la derecha y la gran burguesía, y se orienta a la conciliación y el pacto con ellos?

Decididamente, no. Razones para afirmar esto hay muchas, y la de la experiencia no es la menor de ellas.

Para conseguir ese objetivo hace falta una política diferente, una política de lucha y oposición contra el capital y su gobierno.

La clase obrera no puede confiar en que sus objetivos más básicos —la sustancial reducción del paro, el mantenimiento del poder adquisitivo, la seguridad en el empleo, el reconocimiento de sus derechos laborales y sindicales...— pueden verse satisfechos por la vía de acuerdos con la derecha como los Pactos de la Moncloa. Menos aún se puede confiar en que la renuncia a la lucha puede llevarla a ellos.

La orientación y las exigencias del capital son absolutamente contrarias a esos objetivos de los trabajadores y las trabajadoras. ¿Cómo se puede pretender llegar con él, con su gobierno, a acuerdos positivos para los trabajadores?

La clase obrera no puede admitir que, frente a la crisis, la única acción posible sea la que el gobierno de la burguesía ha venido desarrollando durante todos estos años y que sólo nos trae más paro y más pobreza.

De acuerdo con que esa es la política del capital, la única que es capaz de poner en práctica, con pactos o sin ellos. Pero lo que es bueno para el capital, no lo es para la clase obrera, y en este caso no lo es en modo alguno.

No. Claro que esa política no es la única respuesta posible ante la crisis. La clase obrera puede y debe luchar por imponer una política que permita dar satisfacción a sus intereses más inmediatos.

¿De qué acción frente a la crisis estamos hablando?. De aquella que pasa por la realización de una reforma fiscal realmente progresiva, que grave como se debe el beneficio empresarial, el patrimonio de las personas y las sociedades, las transmisiones hereditarias; por la instauración de un sistema de planificación de la economía que permita orientar los recursos hacia aquellos sectores de la producción y zonas del Estado de mayor rentabilidad social, y que permita organizar la producción en función de los reales intereses sociales y no del afán de lucro de éste o aquél capitalista; por la instauración de un sistema de control obrero y popular, a todos los niveles, sobre el crédito, la producción y la planificación económica; por la realización de una Reforma agraria que permita poner remedio a la calamitosa situación de los jornaleros y los pequeños campesinos; por el desarrollo y fortalecimiento de un sector público, bajo control de los trabajadores, que no sea, como hasta ahora, un modo de socializar pérdidas del capital privado, sino que juegue un papel decisivo en la organización de la producción; por la nacionalización de aquellos sectores de la producción de importancia estratégica para el desarrollo de la producción en función de las necesidades sociales...

¿Estaría dispuesto el Gobierno de UCD a poner en práctica una acción de estas características? ¿Estaría dispuesto a llegar a un acuerdo con el movimiento obrero sobre esas bases? *Desde luego que no. Porque* un programa semejante no apunta a la recuperación de los beneficios empresariales, como ellos quieren, sino a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las masas obreras. Porque no es un programa de fortalecimiento del capitalismo, sino que comporta su debilitamiento y la afirmación de un papel protagonista del movimiento obrero y popular en todos los órdenes de la vida política, económica y social.

Pero, ¿se puede dar satisfacción a las reivindicaciones ya señaladas de las masas trabajadoras sin poner en práctica, cuando menos, las medidas antes enun-

ciadas? *La respuesta vuelve a ser la misma: desde luego que no.* Y ésto es lo que nos debe importar, lo que debe importar a la clase obrera.

Y, ¿quién puede poner en práctica semejantes medidas? Desde luego, no un gobierno de la derecha, del capital. Para ello es necesario un gobierno de izquierda. Y no cualquier gobierno de izquierda; es necesario un gobierno firmemente decidido a hacerlas efectivas; un gobierno que no caiga en la política de componendas con el capital y sus partidos; un gobierno que se apoye en la lucha de masas, que contribuya activamente a su mayor desarrollo, al reforzamiento del movimiento de masas, para hacer frente a la resistencia que el capital y sus servidores en el aparato del Estado organizarán contra una política de ese tipo; un gobierno que se apoye en la unidad de la izquierda y en la lucha contra la derecha y el capital.



Hace falta que la izquierda, unida, luche contra la derecha y se aparte de la política de conciliación y consenso.

La clase obrera puede y debe luchar por esos objetivos. Ha aprendido a lo largo de su historia que a grandes males son necesarios grandes remedios. Y frente a los grandes males del paro, el empobrecimiento, los despidos masivos... hacen falta remedios reales, y no el sometimiento al capital, ni la conciliación con él y su gobierno, que sólo conducen, una cosa y otra, a hacer más y más fuertes esos males.

¿Cómo avanzar desde ahora mismo hacia esos objetivos? La respuesta es clara: enfrentando una firme resistencia obrera a la ofensiva del capital y la derecha.

Se engañan de pe a pa quienes dicen que la clase obrera carece de fuerzas para hacer frente a esa ofensiva; que, por lo tanto, a lo único que puede aspirar es llegar a pactos con la derecha que permitan hacer más suaves —no mucho más suaves— las medidas antiobreras de ésta.

La clase obrera ha sido capaz de logros mucho mayores y en condiciones más difíciles. Derrotó en su momento la política de topes salariales de Villar Mir; bajo el franquismo, con un grado de organización mucho menor que ahora y en condiciones mucho peores, fue capaz de hacer frente y de conseguir victorias contra medidas semejantes a las actuales.

Resistir frente a la ofensiva de la derecha y el capital, significa responder con la movilización y la lucha a cada una de sus medidas y al conjunto de ellas. Oponerse con absoluta firmeza a la política de topes salariales; rechazar el recorte de los derechos laborales y sindicales y esforzarse por hacerlos valer en la práctica, en los centros de trabajo, en las fábricas; no transigir con la política de reducción de plantillas y despidos masivos; impulsar un fuerte movimiento de masas contra la política de paro masivo y por los derechos de los trabajadores y trabajadoras parados...

Significa esforzarse en todos los terrenos por frenar la ofensiva del capital, por hacerla retroceder; porque cada medida antiobrera de éste encuentre enfrente una férrea resistencia y le suponga unos costes mayores que los que ahorra con la aplicación de aquélla.

Significa caminar firmemente por esta senda y rechazar el camino de la conciliación, de los pactos destructores de las energías del movimiento obrero.

Reactivar el movimiento obrero, de acuerdo, es la gran tarea del momento. Ello exige orientar la acción de las masas trabajadoras en la dirección que hemos apuntado. De lo contrario sólo estaremos diciendo palabras, mientras en los hechos lo que se produce es el fortalecimiento de la derecha y el capital y el recrudecimiento cada vez mayor de su política antiobrera y antipopular.

¿DE QUIEN DEPENDE LA REACTIVACION DEL MOVIMIENTO OBRERO?

La recuperación del movimiento obrero no puede venir de la mano de los dirigentes sindicales reformistas. La clase obrera, sus sectores más conscientes y combativos, no pueden confiar en ello.

Los dirigentes reformistas han dado pruebas más que suficientes de que en ellos domina el espíritu de conciliación, de acatamiento a las exigencias del capital y la derecha, sobre el espíritu de lucha, de enfrentamiento contra ellos.

Los dirigentes reformistas se oponen con energía a hacer suya la política de resistencia obrera contra la ofensiva capitalista. Se oponen a hacer suya la única política que puede dar fuerza al movimiento de masas y frenar las agresiones del capital y la derecha. A menudo, incluso, toman medidas de represión contra afiliados y afiliadas que defienden esa política. Una y otra vez afirman su deseo de llegar a la conclusión de acuerdos, del estilo de los Pactos de la Moncloa, con la patronal y el Gobierno de UCD.

En ocasiones —como es el caso en estos momentos de CC.OO.— los dirigentes reformistas adoptan algunas medidas positivas, de lucha, en muy buena medida a consecuencia de la presión que sobre ellos ejercen los sectores más combativos del sindicato. Pero se resisten a darles el alcance necesario, se empeñan en rebajar el nivel de lucha, tratan de evitar formas de lucha de mayor emvergadura y, en todo caso, repiten una y otra vez que el objetivo de esas acciones no puede ser otro que el de conseguir llegar a un acuerdo de conjunto con el Gobierno Suárez y la patronal, como si de esa forma las masas trabajadoras pudieran conseguir uno solo de sus objetivos.

Nuestro partido está firmemente convencido de que la recuperación del movimiento obrero, su fortalecimiento, *depende, sobre todas las cosas, de la actuación de los y las militantes sindicales consecuentemente de izquierda*. De las decenas de millares de trabajadores y trabajadoras afiliados a uno u otro sindicato, pero que en muy buena medida se agrupan en CC.OO. De esas decenas de millares de trabajadores y trabajadoras que rechazan las limitaciones de la política reformista, que se oponen a la política de conciliación y de pactos, y que



Fortalecer la corriente sindical de la izquierda, condición para reactivar el movimiento obrero.

son firmes partidarios de la política de lucha intransigente contra el capital y su gobierno, que están firmemente convencidos de que sólo una política dirigida contra los grandes capitalistas puede dar satisfacción a las reivindicaciones obreras.

Sin embargo esos compañeros y compañeras no siempre aciertan a cumplir como es debido con sus responsabilidades. En ocasiones, desanimados por los comportamientos claudicantes de los dirigentes reformistas, caen en la pasividad y renuncian a la lucha perseverante contra las tendencias reformistas y conciliadoras.

Ese comportamiento es erróneo y tiene repercusiones dolorosamente negativas para la lucha del movimiento obrero. Lejos de ayudar a orientar al movimiento de masas por senderos distintos a la política reformista, contribuye a que ésta siga dominando en el movimiento obrero.

Ese comportamiento olvida que para ganar al movimiento obrero para una política de lucha firme y consecuente contra el capital y sus representantes políticos, es absolutamente necesario ganar para ella a sus organizaciones sindicales y, de modo muy especial, al sindicato que agrupa a los sectores más amplios y combativos de la clase obrera, a CC.OO.

Esos compañeros y esas compañeras, —que a menudo caen en la pasividad porque desconfían de que su esfuerzo, combativo y continuado, pueda contribuir a transformar la orientación conciliadora y pactista dominante en los sindicatos en una orientación de defensa intransigente de los intereses de la clase obrera, de lucha firme contra el capital y la derecha—, deben reflexionar sobre la experiencia reciente de CC.OO.

¿A qué se deben, en efecto, las medidas de lucha —positivas, aunque limitadas— acordadas por la dirección de CC.OO.? Más aún, ¿a qué se debe la existencia en el seno de ellas de una poderosa corriente de opinión, que afecta a todos los niveles del sindicato, defensora de poner en práctica formas más superiores de lucha, pasando por la convocatoria de una huelga general? ¿Piensan acaso, equivocadamente, que es debido a que la mayoría de sus dirigentes han abandonado la política de conciliación y se han colocado al lado de la lucha firme contra la derecha y el capital? No; deben comprender que ello es la consecuencia de la presión ejercida en el sindicato por amplios sectores de afiliados y afiliadas en disconformidad con la política seguida hasta aquí y que reclaman una orientación nueva, de lucha. Deben comprender que los esfuerzos en favor de una línea justa, que responda a las aspiraciones de amplias masas de trabajadores y trabajadoras, nunca son en vano y no deben abandonarse.

El movimiento obrero debe rechazar la pasividad y el fatalismo; debe recurrir a todas sus energías, hacer frente con firmeza a la ofensiva del capital y la derecha y rechazar las orientaciones pactistas y conciliadoras.

Los luchadores y luchadoras consecuentemente de izquierda deben rechazar con mayor motivo la pasividad y el fatalismo. Deben ser plenamente conscientes de que el reforzamiento del movimiento obrero, su orientación por una vía de lucha firme contra la ofensiva capitalista depende más que nada de sus esfuerzos perseverantes, sostenidos. Deben confiar, sin vacilación de ningún tipo, en que sus posiciones se corresponden con las aspiraciones de las amplias masas trabajadoras, marcan el único camino por el cual se puede frenar la ofensiva capitalista y evitar el futuro de paro y miseria generalizada a la que ésta nos empuja y que, por eso mismo, se han de ganar el apoyo de cada vez más amplios sectores de trabajadores y trabajadoras. Deben ser activos en el trabajo de ganar a los sindicatos —de ganar muy en particular a CC.OO.— para la política de lucha contra el capital y la derecha, sin desanimarse por los reveses, sin dejarse vencer por los obstáculos y las zancadillas que les pongan los dirigentes irremediabilmente comprometidos en la vía de la conciliación y el sometimiento a las exigencias del capital.

Esa es la tarea. A ella hay que entregarse con decisión.

RECHAZAR EL ESTATUTO DE UCD, COMBATIR SU PROGRAMA ECONOMICO

Hacer frente con decisión al proyecto de Estatuto contra los Trabajadores de UCD, y a su Programa Económico, es la primera y más urgente tarea del movimiento obrero en la lucha contra la ofensiva capitalista.

El movimiento obrero debe luchar por la retirada de las Cortes de ese engendro de Estatuto y porque sean reconocidos efectivamente sus derechos laborales y sindicales; debe oponerse con firmeza a la aplicación del Programa Económico y sus medidas antiobreras.

Si el movimiento obrero no libra una lucha enérgica contra esos dos pilares de la ofensiva capitalista, asistiremos a un nuevo e importante reforzamiento de la derecha y la patronal, que les permitirá impulsar nuevas y aún más duras medidas antiobreras.

Quienes desde las filas del movimiento obrero plantean que no se debe seguir el camino de lucha y que, por el contrario, se trata de buscar la negociación con el Gobierno para conseguir esta o aquella modificación del Estatuto de UCD, o una aplicación del Programa Económico menos dañina para los trabajadores y las trabajadoras, están actuando descaradamente en favor de los planes de la derecha y del capital. Porque el Estatuto elaborado por la UCD constituye un auténtico atentado contra las masas trabajadoras, que no dejará de serlo por el hecho de que se introduzcan algunas modificaciones de poca entidad; porque la aplicación del Programa Económico supone un nuevo y muy duro golpe contra las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera que no puede aceptarse bajo ningún concepto.

¿Cómo luchar contra el proyecto de Estatuto contra los Trabajadores, contra el Programa Económico? No bastan pequeñas y tímidas acciones de protesta. Son necesarias formas de lucha decididas, de mayor envergadura. Es necesario que en todos los centros de trabajo del Estado, en todas las poblaciones, grandes y pequeñas, se ponga en pie un movimiento de protesta y de lucha generalizado. Es necesario, a un plazo inmediato, que todos los trabajadores y trabajadoras del Estado confluyan en una HUELGA GENERAL de protesta contra la política antiobrera del Gobierno.



¿Puede conseguir la Huelga General la retirada del proyecto de Estatuto de las Cortes, la anulación del Programa Económico? Es una tarea difícil, hay que reconocerlo. La derecha y la patronal han tomado demasiada ventaja y cuentan con un Parlamento que controlan con bastante comodidad y que puede aprobar todas sus medidas. Pero ese es un problema que sólo puede decidir la lucha misma.

Y, en cualquier caso, la lucha no puede acabar ahí. La Huelga General es necesaria para unir al conjunto del movimiento obrero del Estado en un mismo combate; para hacer ver, también, a la patronal y a su Gobierno que los trabajadores y las trabajadoras de todo el Estado no están dispuestos a dejar pasar tranquilamente sus medidas. Es necesaria para reforzar la lucha del conjunto del movimiento obrero bajo otras formas.

La Huelga General debe ser el comienzo de un fuerte movimiento huelguístico en todo el Estado que haga de cada convenio, de cada negociación colectiva, una lucha masiva contra la política económica del gobierno, contra los topes salariales, por los derechos sindicales y laborales; un movimiento de masas que pueda confluir nuevamente en formas de lucha generales contra la política de la derecha y el capital.

¿Qué duda cabe de que con una lucha de masas de estas características el frente de la patronal y el Gobierno se ha de ir debilitando poco a poco, y el movimiento obrero ganando en capacidad y fuerza para hacer valer sus reivindicaciones y obligar a aquellos a dar marcha atrás en su acción agresiva? Nadie puede depositar su confianza en que a las primeras de cambio se alcancen los resultados buscados; no, la lucha debe ser dura y continuada. Se trata de desgastar y debilitar al enemigo, fortalecer las filas propias para pasar de la resistencia a la imposición de nuestros derechos y reivindicaciones; una cosa y otra sólo se consiguen a través de la lucha.

Esta es la lucha que hoy debe librar el movimiento de masas. Para ello son necesarias dos condiciones:

La primera, aislar las posiciones divisionistas, antiunitarias.

Para librar con éxito las batallas a las que está emplazado, el movimiento obrero debe ganar en unidad. La unidad se gana en la lucha y combatiendo las posiciones divisionistas.

El principal enemigo de la unidad del movimiento de masas lo constituye en estos momentos la actitud de los dirigentes de UGT.

Los dirigentes de UGT han escogido la vía de la unidad con la patronal y el Gobierno; se niegan a impulsar la lucha de masas contra ellos y siembran la división en las filas del movimiento obrero, oponiéndose a secundar cualquier

propuesta de lucha, por limitada que esta sea. Con su actitud, los dirigentes de UGT se ponen al servicio de los intereses de la patronal y combaten objetivamente los intereses de la clase obrera.

Corresponde a los compañeros y compañeras afiliados a la UGT hacer frente a esa orientación de sus dirigentes, obligarles a romper su unidad de acción con la patronal y a practicar la unidad de acción con el conjunto del movimiento obrero.

Corresponde a esos compañeros y compañeras desobedecer las consignas de sus dirigentes, contrarias a la lucha, y tomar parte activa en las acciones de masas.

Corresponde a todos ganar la unidad a través de la lucha, desde las fábricas y puestos de trabajo, y obligar así a quienes están en contra de la unidad a volverse hacia ella o colocarse frente al movimiento de masas unitario.

La segunda, impulsar la combatividad y vencer las actitudes vacilantes

Algunos dirigentes sindicales se oponen a las medidas del Gobierno; toman acuerdos de lucha, incluso. Pero carecen de decisión para llamar al movimiento de masas a la lucha frontal contra la derecha y el capital, se resisten a dar su apoyo a las formas de lucha que la situación actual exige; en vez de enfrentarse a las posiciones divisionistas a través de la lucha de masas, tratan de alcanzar una falsa unidad de acción por la vía de limitar el alcance de las luchas. Tal es el caso de buena parte de los dirigentes de CC.OO.



Las actitudes divisionistas de los dirigentes de UGT, son el principal enemigo de la unidad obrera.



Los compañeros y compañeras militantes sindicales consecuentemente de izquierda —sobre todo quienes militan en CC.OO— deben esforzarse al máximo por vencer esas resistencias a la lucha, deben combatir las vacilaciones de los dirigentes reformistas e impulsar al máximo el espíritu de lucha de las masas trabajadoras, reforzar su combatividad y crear una poderosa corriente de masas que fuerce a los dirigentes sindicales vacilantes a tener que dar su apoyo a las formas de lucha hoy necesarias: a la HUELGA GENERAL, al impulso de un fuerte movimiento huelguístico y de acciones en la calle y en los centros de trabajo durante los próximos meses.

Con esas condiciones, el movimiento obrero saldrá notablemente fortalecido de las próximas batallas y obligará a la derecha y al capital a retroceder.

¡UNIDAD, ORGANIZACION Y LUCHA FRENTE A LA OFENSIVA DEL CAPITAL! A trabajar por esa consigna.



En marcha hacia la Huelga General. ¡A frenar la ofensiva del capital!

SUMARIO



- La ofensiva capitalista se acentúa 3
- Paro y miseria, contenido de la política
de la derecha y la patronal 5
- La conciliación y el consenso fortalecen
a la derecha y debilitan al movimiento obrero 9
- Reactivar el movimiento de masas, impulsar
una política de resistencia obrera 12
- ¿De quién depende la reactivación
del movimiento obrero? 16
- Rechazar el Estatuto de UCD, combatir
su Programa Económico 19



MOVIMENT COMUNISTA DE CATALUNYA

79